

Hay personas que no hacen nada para ser amadas y a pesar de ello lo son y otras que lo hacen todo para ser amadas y nunca llegan a serlo. Se puede notar que a las personas pobres de verdad les resulta muchas veces difícil ser amadas. Cuando la madre de Åke llevaba viuda cinco años, el abuelo paterno de Åke cumplió setenta años. Fueron invitados a asistir en una carta de ocho líneas, breve y seca, en la que ponía: "Si quieren pueden venir, pero la ropa de cama tienen que traerla ustedes porque hace frío en el cuarto y además algunos van a tener que dormir en el zaguán porque van a venir también otras personas, hemos invitado al contable y al comerciante Jonsson y tendrán que dormir en la sala y si tú, Elsa, puedes venir un día antes, para ayudar en la limpieza y a poner la mesa y a hacer la comida, estaría bien. Cordialmente, Irma. Después siempre habrá alguien que ayude a fregar y alguna otra cosa y seguro que Åke podrá hacer un poco de leña".

La madre leyó la carta en voz alta una noche bajo la lámpara. Estaba cansada y se apoyaba en la mesa con ambas manos. Había estado todo el día limpiando techos en un piso grande del barrio de Östermalm y tenía dolor de cabeza de haber estado con la cabeza vuelta hacia el cielo tanto rato. Cuando hubo leído la carta se quedaron los dos en silencio sin mirarse. Åke hojeaba su libro de geografía: las cascadas de Trollhätan son muy hermosas... Los holandeses son un pueblo limpio que friega las aceras todos los días... bajo la dirección, dura pero vigorosa, de Mussolini esas insanas tierras pantanosas han sido drenadas... En Chile se embarca un abono llamado guano.

La madre clavó los ojos en el vacío, sus manos estaban completamente solas arrugando despacio la carta hasta convertirla en una pelota irregular. Cuando Åke luego miró las manos, sintieron vergüenza y alisaron la carta, pero quedó arrugada como el rostro de una anciana. Las manos de los pobres siempre se avergüenzan de lo que hacen. Por la noche la lámpara del escritorio estuvo mucho tiempo encendida y Åke se durmió tarde. Primero pensó que la madre se había dormido sin apagar la luz, pero cuando se incorporó con cuidado apoyándose en el codo y miró en su dirección notó que tenía los ojos abiertos y que las manos que estaban sobre el edredón arrugaban y alisaban una carta invisible.

La noche siguiente la lámpara estuvo encendida aún más tiempo. La madre, completamente vestida, estaba sentada escribiendo en el viejo escritorio del padre. Era una carta que parecía no terminar nunca. Antes de que Åke se durmiera, el tablero de la mesa estaba lleno de papeles arrugados y emborronados. En mitad de la noche se despertó. Hacía frío y la madre estaba sentada al borde de su cama y le ponía la mano en la frente exactamente igual que si tuviera fiebre. Cuando acabó de

despertarse ella lo miró a los ojos y dijo:

—No son más que las doce. ¿Cómo se escribe siglo? ¿Con C o con S?

El despertador marcaba la una y cuarto. Con S, susurró. La oyó deslizarse de vuelta al escritorio y empezar a raspar con la pluma. Luego se durmió profundamente como un niño hasta que se hizo de día.

Al día siguiente estaba esperándolo al otro lado de la verja de la escuela. Como todos los niños que tienen madres pobres, a él le daba vergüenza y al principio fingió que no la conocía. Cruzó la calle, se separó de los compañeros y regresó cohibido. La madre notó su turbación y no lo cogió de la mano hasta que quedaron completamente solos en la calle. Cogieron el tranvía para bajar a la ciudad. Iban sentados uno frente a otro mirándose mutuamente las manos. Cuando se apearon ella volvió a cogerlo de la mano y lo llevó entre la aglomeración propia de las cuatro y media por la calle de Drottningatan. Se detuvieron ante una tienda grande y elegante con luces intermitentes en el letrero. La madre permaneció un rato de pie fingiendo leer en el escaparate. Anunciaban discos ingleses, y ella leía sin comprender y cuando luego entraron, empujó a Aringke delante de ella como un escudo.

En las tiendas elegantes los dependientes son siempre enemigos. Cuando se habla con ellos uno enrojece y tartamudea. ¿Qué desea usted? Preguntan con tanta finura como si hablasen en una lengua extranjera, y automáticamente uno traduce: ¿Puede usted permitírselo realmente?

La madre de Aringke había dicho:

—Queremos grabar un disco. Vea usted, su abuelo cumple setenta años y el chico ha escrito un verso para recitárselo.

Tuvieron que sentarse a esperar un rato hasta que la cabina de grabación quedó libre. Las sillas eran de tubo y se sentaron desconfiadamente en el borde susurrando. La madre le dio un papel. Era la poesía que había escrito la noche anterior. Él la leyó pero no entendió nada. Todo el tiempo le parecía que los dependientes, enfundados en sus elegantes batas blancas, estaban tras el mostrador mirándolo fijamente y enrojeció de vergüenza y nerviosismo. La madre miró a su alrededor.

—No olvides las rimas —susurró—, y lee en voz alta.

Él clavó los ojos en el papel hasta que se le llenaron de lágrimas. Estudió las rimas hasta que resonaron en su fuero interno:

Setenta años

primavera de la vida, buena y dichosa

el fluir de la vida, vida laboriosa

no pasatiempo, has sembrado tu grano

los árboles de la hacienda, caballo y arado

tu profundo bosque, fiel esposa

compañera de fatigas, en este día

¡recibe este homenaje!

Cuando estaban dentro del estrecho y recalentado locutorio que olía al perfume de una cantante, se le cerró la garganta. Abría la boca pero no conseguía sacar ningún sonido. La madre estaba detrás muy pegada a él y le cogía los hombros y a él le pareció que era como si quisiera estrangularlo. El sudor le corría por la espalda en grandes gotas calientes. Pero cuando todo estuvo a punto y el aparato empezó a raspar, las palabras se soltaron y le llenaron la boca, grandes y solemnes, y las primeras líneas las leyó como un sacerdote. Cuando terminó quedaba un trozo de disco y la madre se inclinó sobre él desde atrás y entonó la canción tradicional de felicitación con su dulce voz de santa Lucía.

Toda la tarde se la pasó diciendo lo bien que él se había portado y qué sorpresa le iban a dar al abuelo y a todos los campesinos del pueblo, a los parientes de Upsala y Gßvle, al contable y al comerciante cuando ella le diera cuerda al gramófono y pusiera el disco. Lo miraba, le brillaban los ojos, cruzaba las manos bajo la lßmpara y se quedaba callada un rato antes de empezar de nuevo.

La tarde siguiente desapareció sonriendo misteriosamente y volvió de la casa vecina con un gramófono portßtil. Lo puso en mitad de la mesa, colocó el disco con cuidado como si no tolerase el roce, lo hizo girar y dejó caer la aguja con suma delicadeza. Empezó con un agudo raspado y los ojos de la madre se volvieron temerosos y preocupados. Luego se oyó un jadeo y Ýke se puso colorado porque notó que era suyo. La voz no la reconoció. Pensó decir que la tienda los había engaßado, pero cuando levantó la vista la madre lo estaba mirando con tanto arrobo que comprendió que tenía que ser su voz. Cuando llegó la canción ella intentó mirar para otro lado, pero Ýl le sonrió por encima del gramófono y acabó devolvißndole la sonrisa.

Un rato despußs, cuando ya habían apagado el aparato, dijo ella:

—No pasarß nada si lo oímos otra vez, ãverdad? Seguro que el disco lo aguanta.

Lo escucharon otra vez. Cuando se desnudaron por la noche ella puso en marcha el gramófono como sin darse cuenta. En mitad de la noche él se despertó de un sueño confuso. El cuarto estaba vacío pero desde la cocina le llegó su propia voz desconocida y volvió a dormirse con la canción en los oídos. La noche siguiente oyeron el disco cuatro veces y cada vez como sin proponérselo.

Un viernes de marzo a las cuatro se apearon del tren en el pueblo. Olía a humo y a nieve derretida. Nadie salió a esperarlos, pero la madre dijo que era lo más natural con lo mucho que tendrían que hacer ahora con el cumpleaños. El camino estaba resbaladizo y era largo y Åke quería llevar la maleta, pero la madre no lo dejó. Finalmente a la madre le dieron palpitaciones y no pudo más y le dio permiso para cargarla, pero con mucho cuidado. En el fondo estaba el gramófono envuelto en muchos periódicos como el único huevo de un pobre.

No había nadie en las escaleras de la entrada. En tiempos del padre siempre había alguien. Entraron directamente a la cocina. El abuelo estaba sentado a la mesa con un periódico abierto delante de él. La tía estaba junto al fogón removiendo una olla. El abuelo alzó la vista del periódico, la tía soltó el cucharón.

—Vaya, aquí está la viuda —dijo el abuelo—, ¿qué tienen en esa maleta? ¿No será un regalo?

Siguió leyendo, como si hubiera olvidado enseguida que habían llegado. La tía los saludó con la cabeza y volvió a coger el cucharón. Estaban de pie, abandonados en medio de la cocina, y Åke vio vagar la mirada de la madre por entre los recipientes de cobre y las plantas de las macetas. Era el quinto año que iba de viuda, vestida de negro, delgada y sola. Súbitamente bajó la vista para mirarlo con una secreta alegría en los ojos.

—Es una sorpresa —dijo. Pero solo la oyó Åke.

—Coge y friega el suelo de la sala —dijo la tía—, y Åke puede ir a la leñera.

A última hora de la tarde ella fue a verlo en la leñera, puso la mano en el hacha, se sentó en el tajo y le acarició el pelo. No dijo nada. Ella iba vestida de fregona y le sacudió el serrín. Por la noche durmieron en el mismo sofá en la alcoba. Cuando se quedaron solos ya tarde por la noche, ella deshizo la maleta y estuvo un rato bajo la lámpara con el disco de gramófono tiernamente cogido entre las manos.

Por la mañana temprano se levantaron y colgaron guirnaldas en la sala. El sacristán y unos labradores llegaron para entregar un bastón de paseo con puño de plata. Se sentaron en la sala y tomaron café y coñac y a las diez, cuando se fueron, se ayudaron entre todos a llevar al abuelo al sofá.

—¿Y la sorpresa de ustedes? —preguntó la tía cortante.

—Pues nosotros esperamos a esta tarde —dijo la madre, y le hizo un guiño a Åke.

Por la tarde llegaron en coche parientes de Upsala y Gävle. Los campesinos que acudían de lejos lo hacían en carruajes amarillos de muelles. Llegó el contable, llegó el comerciante y la casa se llenó de risas, charlas y olor a comida. Åke estaba en la cocina pelando patatas y secando vasos. La madre corría entre la sala y la cocina con comida y vajilla. El comerciante pronunció un discurso que los sacó de la cocina. Se quedaron en el vano de la puerta escuchando y mirando. El comerciante ya estaba un poco borracho y la voz se le atascaba en la garganta. Con cierta dificultad sacó un reloj de oro del bolsillo y se lo entregó al cumpleañosero. El abuelo lloró con disimulo y algunas lagrimitas rodaron hasta el vaso de aguardiente. El arrendatario habló, y el contable, y los parientes de Upsala y Gävle. La madre pellizcó a Åke en el costado y lo miró con intención: no tardaría en llegar su momento.

El comerciante había llevado un gramófono. Estaba junto a la radio sobre una cómoda y, sin que nadie se diera cuenta, Åke había llevado el disco hasta allí. Cuando se encontraron en el oscuro zaguán vacío, la madre le susurró:

—Espera hasta después del café. Yo te haré una seña.

Se tomó café con coñac y el ambiente era animado. Cuando la madre hubo levantado los manteles y Åke iba de un lado a otro de la sala ofreciendo cigarros y cigarrillos, ella se colocó en la puerta. Él observó su mirada y se acercó con cuidado a la cómoda. Mientras tanto, la tía abrió la mesa de juegos. El contable, el comerciante, el sacristán y el abuelo arrastraron sus sillas y se colocaron alrededor de la mesa verde. Åke empezó a darle cuerda al gramófono. El contable repartió cartas. La madre le hizo un gesto desde la puerta. Los cuatro jugadores cogieron sus cartas. Sus rostros ardían de alcohol y de excitación. Åke puso en marcha el gramófono. El abuelo tenía pareja de picas y era mano. Estaba tan fuera de sí por la emoción que se le cayó el puro al suelo. Oyó que allá en la cómoda la radio empezaba a funcionar, un sonido alto y molesto. Parecía una conferencia. De repente se volvió hacia Åke y gritó:

—¿No puedes cerrar esa maldita caja parlante? ¡Dos picas!

Entonces Åke apagó. Seguro que se hizo una mella en el disco, pero eso daba igual. Frío como una anguila lo iba atravesando el dolor. Los ojos se le empañaron y las caras ebrias y enrojecidas a su alrededor se volvieron brillantes como hojalata. Alguien de Upsala o de Gävle se echó a reír y esa risa lo hizo salir de la sala, cruzar el zaguán y entrar en la oscuridad de la alcoba. Se quedó de pie con el disco en las manos y finalmente se le hizo tan pesado como su propia vida. Se oyó el chasquido

de la puerta y en la estría de luz se le acercó callada la madre. Él se deslizó en sus brazos con su dolor y los cálidos y húmedos susurros de la madre acariciaron sus mejillas.

—No llores, mi niño —susurró—, tú no llores.

Pero ella lloraba tanto que se estremecía.